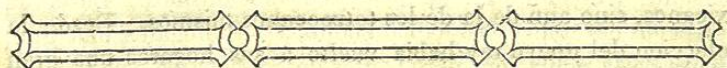
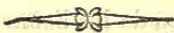


que adolece, mientras que las composiciones de escritores mas clásicos dormirán tranquilamente.

¿En qué consiste, entonces, el encanto de la Historia de Bernal Diaz? En el espíritu de verdad que la anima; en que nos presenta las situaciones tales cuales eran, y los sentimientos tales cuales existían en el corazón del escritor. Este es el mérito de su Historia; mérito que frecuentemente tienen las obras de los que siendo ignorantes se cuidan tan solo de referir los sucesos, y de que carecen las de esos consumados y fastidiosos literatos que solo piensan en el modo de expresarse.

Una mera contingencia hizo que esta preciosa crónica saliese del olvido en que habían caído en la península tantas otras de mas alto mérito. Por mas de sesenta años estuvo sepultada en una librería privada, hasta que llegó á manos de Fray Alonso Remon, Cronista General de la Orden de la Merced; quien tuvo la sagacidad de descubrir bajo el tosco exterior de la obra, su grande importancia para ilustrar la historia de la conquista. Este monge, alcanzó licencia para imprimir dicha crónica, y bajo sus auspicios se la publicó en Madrid, en 1632; cuya edicion es la que he consultado para mi obra.



LIBRO SESTO.

SITIO Y RENDICION DE MÉXICO.

CAPÍTULO I.

DISPOSICIONES TOMADAS EN TETZCOCO.—SAQUEO DE IXTLAPALAPAN.—VENTAJAS QUE LOGRAN LOS ESPAÑOLES.—SABIA POLÍTICA DE CORTÉS.—TRASLACION DE LOS BERGANTINES.

(1521.)

PROBABLEMENTE Tetzoco era la mejor posicion que Cortés podia elegir para establecer su cuartel principal, atendiendo á su comodidad para alojar y mantener un fuerte ejército, y á que allí habia todos los artesanos y operarios de que se podia necesitar.¹ Lindaba por un lado con Tlaxcallan, la república aliada, y por el otro con México; por manera que el general podia estar al corriente de todos los movimientos que hacia el enemigo. En una palabra, su situacion central facilitaba las comunicaciones con todo el valle, y le hacia servir de punto de apoyo de todas las operaciones.

Lo primero de que cuidó Cortés fué de fortificar el palacio en que estaba alojado, y de ponerle en tal estado de defensa que fuera imposible una sorpresa no solo de parte de los me-

¹ "Y asimismo hizo juntar todos los bastimentos que fueron necesarios para sustentar el ejército y guarniciones de gente que andaba en favor de Cortés, y así hizo traer á la ciudad de Tetzoco el maiz que habia en las troges y graneros de las provincias sujetas al reino de Tetzoco." *Ixtlixochill, Hist. Chich., MS., cap. 91.*

xicanos, sino aun de la de los tetzcoconos mismos. Desde la eleccion del nuevo rey habia vuelto á sus hogares una gran parte de la poblacion; pero Cortés desconfiaba de esta muestra de sumision, por que conocia que las relaciones de parentesco y de otros géneros eran tan íntimas con los aztecas, que difícilmente debia contar con sus simpatías en favor de los blancos.² El jóven monarca parecia ser sincero en su adhesion á ellos; pero Cortés por mas asegurarse, puso á su lado algunos españoles cuyo objeto aparente era instruir al monarca en la lengua castellana y en la religion católica; pero que en realidad estaban encomendados de vigilarle y de evitar que entrase en correspondencia con los enemigos de los blancos.³

Tetzcoco distaba del lago cosa de media legua, y era necesario abrir una comunicacion directa entre éste y la ciudad, para que luego que llegasen los bergantines, se les pudiese echar al agua de manera que en ellos se fuese hasta la capital. Por consecuencia se determinó abrir un canal que empezase en los jardines llamados de Nezahualcoyotl por haberlos plantado este príncipe, y que fuese á terminar en la orilla del lago; á cuyo intento se ahondó un riachuelo que corria en esta direccion, empleándose en aquella grande obra ocho mil indios bajo la direccion del jóven Ixtlilxochitl.⁴

En el entretanto, recibia Cortés embajadas de las ciudades convecinas que le suplicaban las tomase bajo su proteccion y las recibiese como tributarias de la corona de Castilla; á lo cual accedió él, pero con la condicion de que le entregasen á cuanto mexicano pisase su territorio. A consecuencia de esta promesa le fueron entregados algunos nobles aztecas que habian ido con diversas comisiones á dichas ciudades. Cortés se valió de ellos para que llevasen al emperador mexicano un mensaje, en el cual ponderaba en extremo lo necesario de la guerra. Decia que á los que tanto le habian agraviado poco tiempo les quedaba de vida; que estaba dispuesto á olvidar lo pasado con

² "No era de espantar que tuviese este recelo, porque sus enemigos y los de esta ciudad eran todos deudos y parientes mas cercanos; mas despues el tiempo lo desengañó y vidó la gran lealtad de Ixtlilxochitl y de todos." *Ibid*, cap. 92.

³ Bernal Diaz, cap. 137.

⁴ *Ibid*, ubi supra. Ixtlilxochitl, *Hist. Chich.*, MS., cap. 91.

tal de que se sometieran oportunamente para salvar á la capital de los horrores de un sitio.⁵ Cortés no tenia esperanzas de lograr ningun resultado de pronto; pero creyó que su mensaje podria causar impresion en los habitantes, y que si acaso alguna parte de ellos queria entrar con él en tratados, encontraria una coyuntura de hacerlo, al ver aquella muestra de la buena disposicion en que él estaba para ayudarles. Pero por entonces no habia divisiones en la capital: toda ella se habia levantado resuelta á resistir tan simultánea y uniformemente como si fuese un solo hombre.

Ya antes he dicho que el plan de Cortés al entrar en el valle, era sojuzgar las ciudades circunvecinas antes de atacar á la capital misma, porque así la dejaba como á un árbol elevado, cuyas raices han sido destruidas una á una y que no teniendo nada que lo afirme, sucumbe á la tempestad. El primer punto de ataque que eligió, fué la antigua ciudad de Ixtlapalapan, lugar de 50.000 habitantes, segun la relacion del mismo conquistador, que distaba cosa de seis leguas, y situada en la punta de la lengua de tierra que separaba las aguas salobres de las dulces. Era el señorío propio del último rey de México, donde pernoctaron los españoles la víspera de entrar á la capital por la primera vez, y donde quedaron asombrados de los régios jardines. No tenian mucho que agradecer á este señor, que es quien habia dirigido el ataque de la noche triste, ni tampoco á su pueblo, el cual abrigaba un odio concentrado contra los estrangeros y era el vasallo mas fiel de la corona de México.

Una semana despues de su llegada á los nuevos cuarteles, salió de ellos Cortés contra la ciudad india, con doscientos infantes, diez y ocho de á caballo y de tres á cuatro mil aliados tlaxcaltecas; dejando mientras el mando de la guarnicion á Sandoval. El camino que tomó pasaba por la orilla oriental del lago, estaba cubierto de ciudades y aldeas, y vestido de espesos bosques de cipreses y de cedros de los que entonces habia gran abundancia. En algunas partes pasaba por llanuras desde las cuales se descubria á la reina del valle, que salia altiva

⁵ "Los principales que habian sido en hacerme la guerra pasada eran ya muertos; y que lo pasado fuese pasado, y que no quisiesen dar causa á que destruyese sus tierras y ciudades, porque me pesaba mucho dello." *Relac. Terc.*, pág. 193.

del seno de las aguas, como engreida de ser la mas bella y la primera de las ciudades de aquellas comarcas. Un poco mas allá se veia negrear la línea que unia á México con el continente; cuya calzada despertaba en los españoles los mas tristes recuerdos.

Aceleraron el paso y se internaron hasta llegar á dos leguas de distancia del punto á donde se encaminaban, cuando encontraron un considerable cuerpo de indios que les disputó el tránsito. Los indios mostraron su acostumbrada bravura; pero despues de un esfuerzo retrocedieron ante el invencible valor de la infantería española, que fué eficazmente ayudada por los tlaxcaltecas, quienes apenas veian un azteca, cuando se enfurecian y se ponian como frenéticos. El enemigo huyó desordenadamente y seguido de cerca por la infantería española. Ya que habian acercádose hasta media legua de Ixtlapalapan, descubrieron gran número de canoas cargadas de indios que parecian estar trabajando en la calzada ó dique que entraba en el lago. Engolfados en perseguir á los fugitivos hicieron poco caso de aquellos y entraron hasta la ciudad, confusamente mezclados con los que iban persiguiendo.

De las casas, unas estaban en terreno seco; las otras descansaban en estacas clavadas en el agua. Las primeras estaban casi todas abandonadas por sus moradores que se habian escapado á toda priesa en canoas y que habian dejado dentro de sus hogares todos sus efectos. Los tlaxcaltecas se apoderaron de ellos y se cargaron de despojos. Entre tanto, los de la ciudad signieron huyendo hasta refugiarse en las casas construidas sobre el agua, ó entre los juncos y carrizales que sobresalian de su superficie. Dentro de las habitaciones se encontró tambien á algunos que no teniendo tiempo para huir se quedaron con sus mugeres é hijos.

Cortés con los suyos y con los pocos aliados que pudo reunir, atacó al enemigo en su último atrincheramiento. Unos y otros pelearon con el agua hasta la cintura, y con la mayor desesperacion; los aztecas con el furor del tigre á quien el cazador arroja de su guarida. Pero todo fué inútil, porque los indios en todas partes eran derrotados, y los habitantes corrieron igual suerte que los soldados: fueron asesinados sin piedad

ni distincion de edades ni sexos. Cortés procuró poner freno á la matanza; pero mas fácil hubiera sido arrancar al hambriento lobo de su presa, que á un tlaxcalteca de la suya cuando una vez habia probado la sangre del enemigo. Mas de seis mil, entre mugeres y niños, perecieron en aquel encuentro. ⁶

Las tinieblas de la noche habian llegado; pero algo las disipaba el fulgor del incendio, pues las tropas habian puesto fuego á las casas, por diferentes rumbos de la ciudad. La posicion insular impedia, es cierto, que el incendio se propagase de una casa á otra; pero ardia cada cual aisladamente y esparcia un resplandor siniestro que alumbraba los horrores de aquella escena. Concluida la matanza se entregaron los soldados al saqueo, y en poco tiempo sacaron de las casas cuantos objetos portátiles encontraron en ellas.

Quando mas engolfados estaban los españoles en su obra de devastacion, se oyó un ronco rumor como el que forma un torrente de agua que se precipita; y los indios dieron el grito de que estaba rota la calzada. Entonces comprendió Cortés que en esto se ocupaban los hombres que habia visto trabajar metidos en las canoas, cerca del dique que comunicaba con el gran lago de Tetzco. ⁷ Habianlo roto los indios enfurecidos, que habian resuelto inundar la ciudad abriendo un agujero por donde las aguas del lago salado se precipitasen del otro lado que estaba mas bajo. Alarmado el general, mandó reunir á sus tropas y se dispuso á evacuar á toda priesa la ciudad. ¡Si se queda en ella tres horas mas, no queda ni un solo blanco! ⁸ Venian agobiados con el peso de los despojos, caminando con dificultad por entre la agua que cada vez iba subiendo mas. Por algun tiempo les alumbró el fuego de las casas incendiadas; pero luego que comenzaron á alejarse, la luz se fue de-

⁶ "Murieron de ellos mas de seis mil ánimas entre hombres, y mugeres y niños; porque los indios nuestros amigos vista la gran victoria que Dios nos daba, no entendian otra cosa sino matar á diestro y siniestro." *Ibid*, pág. 125.

⁷ "Estándolas quemando parece que Nuestro Señor me inspiró y trujo á la memoria la calzada ó presa que habia visto rota en el camino, y representóseme el gran daño que era." *Ibid*, loco citato.

⁸ "Y certifico á V. M. que si aquella noche no pasáramos el agua, ó aguardáramos tres horas mas, que ninguno de nosotros escapara, porque quedábamos cercados de agua, sin tener paso por parte ninguna." *Ibid*, ubi supra.

bilitando. El agua les daba en algunas partes hasta los tobillos y en otras hasta la cintura, y les costaba gran trabajo abrirse paso. Al acercarse á la abertura de la calzada, el canal estaba aun mas profundo, y salia por aquella una corriente tan impetuosa que los hombres difícilmente podian resistirla. Los españoles echaron el pecho al agua y lograron pasar; pero los indios no pudiendo nadar, fueron arrebatados por la corriente. Perdióse todo el botin: inutilizóse la pólvora, y las armas y vestidos se cubrieron de lodo: el helado viento de la noche, entumió sus fatigados miembros, y apenas podian arrastrarse los soldados. Al amanecer se encontraron rodeados de canoas cargadas de indios que habian previsto la situacion en que estarían, y que les saludaron con una lluvia de flechas, piedras y otras armas mortíferas. Otros cuerpos de tropas ligeras flanqueaban al ejército español, á cierta distancia; pero éste no deseaba habérselas con el enemigo, sino únicamente llegar á sus suspirados cuarteles de Tetzco, donde entró ese mismo día mas desalentado y cansado que despues de muchas largas marchas y crudas batallas.⁹

El término desgraciado de una expedicion que habia comenzado tan brillantemente, dió un desengaño á Cortés. Verdad es que no habia tenido una gran pérdida numérica; pero aquel suceso le enseñaba lo que se debia temer de un pueblo que con un espíritu digno de los antiguos holandeses, estaba resuelto mas bien á sepultar sus ciudades bajo las aguas, que á dejarse sojuzgar. Con todo, el enemigo tampoco tenia de que alegrarse, pues ademas de su mortandad, habia visto saqueada y talada en gran parte una de las ciudades mas florecientes y de las que por sus magníficas obras públicas, mejor merecian el nombre de cultas. ¡Pero tales son los triunfos de la guerra!

La expedicion de Cortés, no obstante el reves que habia llevado, era favorable á la causa de los españoles, porque la catástrofe de Ixtlapalapan, esparció el terror por todo el valle; como lo probaban las embajadas que de varias partes llegaron

⁹ La carta del general al emperador es tan completa y tan precisa, que es la mejor autoridad acerca de este suceso. Pero puede consultarse ademas, á Bernal Diaz, cap. 138. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, MS., lib. 33, cap. 18. Ixtlixochitl, *Hist. Chich.*, MS., cap. 92. Herrera, *Hist. General*, dec. 2, lib. 10, cap. 2 et auctoribus aliis.

pidiendo sumision. Su influjo se hizo sentir aun del otro lado de la sierra, pues la ciudad de Otompan, cerca de la cual ganaron los españoles su famosa batalla, vino pidiendo la proteccion de tan poderosos estrangeros, prometiéndoles obediencia y disculpándose de haber tomado parte en las últimas hostilidades, echando toda la culpa de ellas á los mexicanos.

Pero la ciudad mas importante de cuantas solicitaron el amparo de Cortés, era Chalco, situada en el extremo oriental del lago del mismo nombre. Era una antigua ciudad poblada por una raza de la misma familia que los aztecas, y en un tiempo su formidable enemiga. El emperador azteca desconfiando de la lealtad de sus habitantes, habia puesto allí una guarnicion que los tuviese sujetos al yugo. Los gobernadores mandaron proponer secretamente á Cortés, que le entregarían la ciudad siempre que él les ayudase á arrojar á la guarnicion.

El comandante español no vaciló ni un solo punto, y mandó luego á Sandoval y una partida considerable con este objeto. En el camino, se hubieron á las manos la retaguardia compuesta de tlaxcaltecas y algunas tropas ligeras de los aztecas, quedando por éstos la ventaja; pero luego se desquitaron aquellos en un reñido encuentro que se trabó con el grueso del ejército mexicano, á poca distancia de Chalco.

Encontráronse en un terreno plano, cubierto de magueyes y cañas de maiz, y por donde pasaba el camino que en aquel tiempo conducia de esta última ciudad á Tetzco.¹⁰ Sandoval cargó con la caballería sobre el enemigo y lo puso en desorden; pero en pocos momentos volvió aquel á reunirse y formarse y tornó al ataque con nuevo brio: Sandoval fué entonces mas afortunado, porque los embistió furiosamente, y despues de una esforzada pero inútil resistencia, los derrotó y los arrojó del campo. El ejército conquistador prosiguió su marcha á Chalco, que ya habian evacuado los mexicanos, y fué recibido en triunfo por la poblacion, que se esforzaba por mostrarle cuánto le agradecia que la hubiese libertado del yugo azteca. Despues de tomar las providencias conducentes á la seguridad de la ciudad, salió de ella para Tetzco, acompañado de dos señores jóvenes, hijos del último cacique.

¹⁰ Lorenzana, pág. 199, nota.